

més de Junio de 1879 Julio se enfermó: presentóse una lesión en la base del cerebro, y determinó una tisis galopante». Edmundo, en uno de sus libros, *La casa de un artista*, narra la muerte de su hermano con detalles desgarradores, entre los cuales se destaca siniestramente el que verá el lector: «Apenas espiró la pobre criatura... ascendió á su rostro una tristeza terrenal que jamás he observado en la faz de ningún muerto. Sobre su juvenil fisonomía parecía leerse, más allá de la vida, el desesperado dolor de la interrumpida obra». Tan cruel observación la confirma Teófilo Gautier, que al dedicar á Julio de Goncourt un artículo necrológico, escribía los renglones siguientes: «Nunca afigió mis ojos cuadro más desconsolador... La muerte, que suele aplicar una máscara de serena hermosura á los semblantes, no pudiera borrar de las facciones de Julio, tan correctas y finas, una expresión de honda pena é inconsolable nostalgia». «¡Qué amargo es el mundo! piensó toda entenebrecida cuando leo estas cosas y veo la inutilidad de la fortuna, del talento y de

la juventud para la dicha. Aún hay otro pormenor más lúgubre, si cabe. Cuenta el mismo Gautier que mientras Edmundo, según la costumbre francesa, seguía á pie el féretro de su hermano, sus cabellos, poco á poco y visiblemente, iban descolorándose, palideciendo, blanqueando. «No era ilusión nuestra,—dice el insigne autor de *Tras los montes*;—muchos de los que seguían el duelo lo notaban.» No extraño que Flaubert, en el estilo familiarísimo que empleaba para cartearse con Jorge Sand, pudiese decir: «El entierro de Julio de Goncourt fué un lloradero. *Teo* lloraba á cántaros».

Insisto en que la biografía de los Goncourt no encierra otro drama sino esta triste página mortuoria, y ella y cuantas forman la vida afectiva de los dos hermanos, se encuentran, por modo simbólico, en la novela que he traducido. Sin que permitan los límites del presente estudio entretenerse en menudencias biográficas, basta lo indicado para que al lector le sea facilísimo establecer un paralelo entre la infancia de los acróbatas y la de los escritores, el falleci-

miento de la madre, la juventud estrechamente unida y consagrada austeramente á la investigación y al trabajo, y, por último, la caída del gimnasta, que es la muerte de Julio, y el propósito del hermano de renunciar á la profesión que ya no pueden ejercer juntos como antes. Todo esto es autobiografía, sentida, de adentro, y nos ahorra repetidamente lo que Edmundo escribió con pluma mojada en sangre del corazón. Los *Hermanos Zemganno* son la novela autobiográfica interior que todo novelista fecundo escribe una vez en la vida, irresistiblemente impulsado por la necesidad de comunicar las penas, aliviándolas. Turguenev decía á un joven escritor ruso que le contaba sus sufrimientos: «Haga usted un libro con eso, y al punto quedará descansado». Yo no creo que Edmundo de Goncourt quedase descansado después de escribir los *Hermanos Zemganno*; pero sí que le serviría de bastante consuelo la hermosa creación que ha merecido el nombre de *poema del amor fraternal*.

Del afecto de Edmundo y Julio, lo que

importa á las letras es que sirvió de base al raro fenómeno de una colaboración literaria no interrumpida, sin soldadura, envidia, competencia ni rompimiento posible; con un solo amor propio para dos escritores. Una de las personas de la gran trinidad novelesca francesa es doble. Á mí la colaboración literaria se me figura un caso tan singular, que la imaginación se resiste á concebirlo. Viene la idea creatriz tan del fondo del alma humana; es tan personal en cada artista el modo de ver y expresar la realidad, que si en la obra erudita puede admitirse que uno suministre los materiales y otro los labre y coloque, en la novela (dondeno hay materiales propiamente dichos, por lo mismo que toda realidad lo puede ser, si impresiona artísticamente) parece cualquier asociación cosa monstruosa é híbrida. Los Goncourt no lo creyeron, mejor dicho, no lo sintieron así. La parte que cada cual ponía en la obra común se deduce de un pasaje de los *Hermanos Zemganno*. Edmundo reflexionaba, meditaba, indagaba, contribuía con el cerebro; Julio adornaba, poetizaba, *enflo-*

*recia*, bordaba con la imaginación los hallazgos é inventos del mayor. Á no haberse muerto Julio, á cumplir Edmundo el propósito formado en los primeros instantes de su desesperada pena, hoy creeríamos adivinar en Julio al poeta de la asociación, al delicado soñador, y presumiríamos que el mayor carecía de estas cualidades. Como Edmundo, pese á sus resoluciones, volvió á escribir novelas que en nada desmerecen de las antiguas, es fuerza reconocer en él al artista completo (completo *en si*, según su género, porque decir plenitud no es decir perfección). La señora de Daudet, que escribía artículos de crítica en algunos diarios, observó esta plenitud en Edmundo sólo, y la explicó ingeniosamente como sigue: «Creo que el hábito del trabajo en común, de los capítulos releídos por turno, logró fundir de tal suerte los sentimientos y el estilo de los señores Goncourt, haciendo de dos naturalezas artísticas un solo temperamento literario, que el trabajo del vivo debe de estar poblado de reminiscencias de una colaboración que duró cuatro lustros».

Recordemos, toda vez que los lectores españoles y americanos acaso no se encuentran tan familiarizados con los nombres de los Goncourt como con los de Zola y Daudet,—los frutos de esta colaboración y los del trabajo aislado del hermano superviviente.

Para entender la índole de la producción literaria de los Goncourt, conviene recordar cierto párrafo de uno de los libros más autobiográficos de Edmundo, *La casa de un artista*. Refiere en él que siendo muchacho y hallándose en el colegio, iban todos los domingos á sacarle de asueto tres señoras: su madre, su tía y una cuñada de ésta. Dábanle al chico su merienda de fruta, y después se lo llevaban paseando por el boulevard de Beaumarchais, hacia el arrabal de San Antonio. Era la tía de Edmundo de las contadas personas que por entonces se dedicaban á escudriñar las prenderías y tiendas de anticuarios; y las tres señoras, escoltadas por el chico, se pasaban la tarde entre polvo y trastos viejos, revolviendo por los rincones, no sin temor de manchar-

se los frescos guantes y el lindo zapato escotado, pescando en el revoluto esculturas y figurillas de bronce, y no regresando á casa ningún domingo sin hallazgos felices. Estas excursiones domingueras despertaron en el muchacho la vocación de coleccionista y el olfato y sutil sentido de la belleza, ó más bien de la *bonitura*. Porque la afición que originaron en Edmundo aquellas arrumbadas curiosidades, procedentes, en su mayor parte, del siglo XVIII, fué madre de una estética especial, que antepone lo lindo, lo raro, lo exquisito, lo caprichoso en color y forma, á lo sencillo, robusto y sanamente hermoso. Aquellos domingos no hicieron á Goncourt, como él afirma, coleccionista á secas, no; le imprimieron carácter, le instituyeron pintor primero y literato después, en la doble forma que lo fueron él y su hermano, historiadores y novelistas. No se limitaron á educar su vista, su tacto, sus finísimos sentidos de bizantino moderno: dominaron también su alma. Le marcaron con un sello tan profundo, como á Renán la vieja catedral á cuya sombra corrió su niñez.

Cuando los dos hermanos llegaron al período de la vida en que es fuerza elegir carrera, mientras Edmundo se secaba en una oficina de Hacienda alineando guarismos, Julio daba un indicio enérgico de inteligencia y voluntad, declarando terminantemente que *no quería ser nada*. ¡Frase que en boca del inútil merece atraer profundo desprecio, y en labios de Julio era una estrofa del canto de independencia salvaje que entre los veinte y los treinta debe entonar todo artista!

Habiendo heredado una fortuna modesta, pero suficiente para vivir sin sujetarse á trabajos ajenos á sus aficiones, deliberaron los hermanos y determinaron consagrarse á la pintura. Nótese bien: en literatura no pensaban. Hablando de esta primitiva vocación de los Goncourt, Pablo Bourget, con agudeza analítica, insinúa que de todo escritor debiera averiguarse si empezó por las letras ó si le arrastraron primero otras inclinaciones, cuyas huellas no suelen borrarse nunca. Á los ejemplos que ofrece Bourget para demostrar cómo persiste en el

espíritu la dirección que obtuvo las primicias de su virginidad, podríamos añadir cien y cien, aunque ninguno tan evidente como el de los Goncourt. Por pintores comenzaron, y pintores fueron con la pluma hasta el último instante: los modernos procedimientos pictóricos en las letras, ellos los inician y de ellos proceden; ellos, precisando lo que habían sugerido Rousseau y Diderot, dieron el golpe mortal á la prosa abstracta y monótona del *gran siglo* y á las vaguedades románticas, y refinaron hasta un extremo patológico el goce de nuestras embriagadas pupilas.

Salieron, pues, los dos hermanos, allá por los años de 1849, á un viaje artístico por Francia, impidiéndoles seguir á Italia razones que á muchos nos tentarían á entrar en ella inmediatamente: la revolución ensangrentaba las calles y las atronaban las descargas de fusilería. Pero los Goncourt nunca fueron hombres de acción ni espíritus aventureros: tan revolucionarios como aparecen en letras, dudo que se encuentren, en la vida real, burgueses más pacíficos, más re-

traídos, más metódicos. Julio, al tiempo del viaje, era mozo y lindo hasta tal punto, que le tomaban por una señorita disfrazada que se había escapado con su novio. Según metían en color sus apuntes de acuarelas, ocurrióseles escribir un diario de viaje, que fué el germen de toda su literatura. Al regresar de su excursión por Francia y Argelia, entretuvieron el invierno pintando, y hasta el siguiente año no remaneció la idea de escribir. Edmundo nos dice cuándo y cómo: «Sobre el gran tablado del modelo, á cuyo extremo trabajábamos noche y día en nuestras acuarelas, una tarde del otoño de 1850, á esas horas en que se enciende el quinqué y no hay modo de seguir lavando colores, mi hermano y yo, bajo el impulso de no sé qué inspiración rara, nos pusimos á escribir un *vaudeville* con un pincel mojado en tinta china.»

No soltaron el pincel los Goncourt desde que brotó aquel olvidado *vaudeville*. Con pincel siguieron escribiendo, y no pincel de acuarelistas, sino de miniaturistas, delicado, menudo, sutil. La imparcialidad que los

Goncourt merecen me obliga á decirlo: cuando ejercen de histori6grafos y noveladores, siguen siendo pintores y coleccionistas. ¿Defecto 6 mérito? Mérito, sí, en cuanto es personalidad, y en cuanto cooperó á su influjo poderoso sobre las letras y hasta sobre las costumbres y el mobiliario, en nuestros días.

En la misma patria de los Goncourt, sus obras históricas son menos conocidas, y, como es natural, menos influyentes que sus obras novelescas, aunque unas y otras guardan estrechísima conexi6n. La sinceridad de la obra histórica de los Goncourt se prueba considerando que no hablaron sino del siglo que les interesaba, del que les había cautivado la voluntad por medio de su arte, injustamente desdeñado hasta entonces; el siglo de Watteau, que sin gran hipérbole podría llamarse también el *siglo de Goncourt*. Después de algunos juegos y ensayos periodísticos, el primer libro importante de los dos hermanos fué la *Historia de la sociedad durante la Revoluci6n*. Revelábase en ella el carácter innovador de

los autores. Los histori6grafos de entonces, Lamartine y Michelet, 6 escribían sonoras generalidades, 6 sostenían tesis políticas. Los Goncourt, al contrario, sepultáronse en un abismo de documentos, huyeron como del fuego de las *synthesis*, y no escribieron una línea sin comprobantes. Si no les ayudase la doble vista, la intuici6n del poeta, que tanto se revela en sus libros de historia, habrían producido un seco cent6n. Así y todo, á veces se les enreda la pluma en el detalle minucioso y pintoresco. No son filósofos de la historia, sino coleccionistas, siempre coleccionistas, y á la vez zahoríes, autores sugestivos, que saben encerrar la visi6n de una época en la luna de un espejillo de mano.

A la *Historia de la sociedad durante la Revoluci6n* siguieron los *Retratos intimos del siglo XVIII* y la primorosa *Historia de Maria Antonieta*, muy superior en factura y en franqueza de toques á los anteriores trabajos, sentida, poética, digna en todo de la calurosa alabanza de Michelet. Luego el *Arte en el siglo XVIII*, que la muerte de

Julio dejó por concluir. Allí los dos hermanos ensalzaron resueltamente los méritos de una escuela pictórica hoy estimada y en aquel entonces desdeñada casi, tachada de afeminación y mezquindad. Así como habían sido los primeros á rebuscar los deliciosos grabados y estampas «antes de la letra y á toda margen», los aguas fuertes de Cochín, Boucher y Fragonard, las sanguinas y pasteles de lánguido colorido, los muebles rococó y las porcelanas rancias, fueron los primeros también á aquilatar el mérito de Watteau el mago, creador de poemas y ensueños sobrenaturales, que tienen por teatro encantados jardines de Armida; de Chardin el realista, gran reproductor de bodegones y objetos inanimados, de gentes mesocráticas entregadas á faenas humildes, retratista de la mujer sencilla de aquel *tiers état*, que antes de abrirse camino por boca de Sièyes, aspiraba á encontrar representación en la esfera del arte; de Boucher, que, arrinconando el estilo fastuoso, ornamental y solemne de la época de Luis catorceno, trajo al reinado siguiente

una manera no menos artificiosa, pero original y amable, adornada con el encanto de estudiadas negligencias; — Boucher, que modeló la Venus Luis XV, de lascivos contornos, frente cándida, carne amasada con hojas de rosa, y le dió por escolta unos amorecillos dignos de rivalizar con los ángeles murillescós, pues no pudiendo emularlos en pureza, los eclipsan por la picardía y la gracia;—de Latour el pastelista, el que sustituyó á los ceñudos retratos de armadura, cotilla y pelucón, la gentil imagen, la abuela bonita y empolvada, que vemos sonreír misteriosamente con una rosa en la mano, quitando tal vez el sueño á sus nietos varones; de Greuze, el intérprete de la inocencia simulada, de las caritas ensoñadoras y melancólicas, virginales á primera vista, y donde un examen concienzudo descubre la mordedura del gusano del vicio; de los grandes decoradores ó adornistas Saint-Aubin; del viñetista Gravelot..., pléyade escogida que trajo al arte la necesaria, la bienhechora, la refrigerante mollicie, después de tanta rigidez, tanta seque-

dad, tanto asfalto, tanta crucifixión y tanto martirio como habían derramado sobre el lienzo los siglos XV, XVI y XVII.

Perseverantes en su criterio, los Goncourt, después de vindicar el arte del XVIII, emprendieron el estudio de sus inspiradoras, las favoritas de Luis XV; la duquesa de Chateauroux y sus hermanas; la excelsa Pompadour; la Dubarry, de trágicos destinos; y bajando luego las gradas del trono, pasaron de las amantes regias á un estudio general sobre *La mujer en el siglo XVIII*. Enlace indispensable y fatal del asunto. El arte, las costumbres y la historia de aquella sociedad, que llevaba en sus entrañas el terrible titán 93, no tienen más que una clave: la mujer, arriba como abajo, desde los dorados aposentos de Versalles hasta el mercado de las sardineras,—las futuras calceteras de la guillotina.

Ya dije en otra ocasión lo que voy á repetir ahora, y que se me perdone la repetición, porque si extravagante es el supuesto, tan extravagantes como él son otras ideas que con mucha formalidad han pro-

palado eminentes críticos respecto á los Goncourt. Sábese—hasta donde pueden saberse cosas tan peliagudas—que á los dos hermanos no los esclavizó nunca el niño Amor. Ningún nombre de mujer se destaca sobre las páginas de su biografía. Una noble amistad, la princesa Matilde Bonaparte; un cariño paternal de Edmundo, la señora de Daudet... y nada más, y el lector confesará que no podía ser menos. En varias novelas de los hermanos, hasta se descubre una inquina profunda contra la mujer, una negación explícita de su capacidad intelectual y un recelo especial de su perfidia, de su bajeza, de su acción maléfica sobre las facultades del artista y del escritor. En concepto de los Goncourt, la mujer puede ser *la mitad* de un burgués, no de un refinado. La hembra capaz de complacerles á ellos, á los autores, no ha de pasar de *agradable animal (sic)*. Como si la invisible providencia de las ideas, que en casos semejantes se llama lógica, quisiese castigar á los dos hermanos por esa enorme, y, después de todo, vulgar herejía, lo femenino les



persigue y les envuelve; infiltra en su literatura, en sus investigaciones históricas, en sus gustos artísticos, en sus novelas, que apenas son sino estudios de mujer, en su propio estilo y lenguaje, que adolece á cada paso de neuralgias é hysterismos nada viriles. El siglo predilecto de los Goncourt es el siglo en que la mujer reina y domina cabalmente por las perversidades de su sexo: las manos blancas é impuras de la favorita llevan las riendas del Estado; en los libros de investigación que los Goncourt dedican á la época de Luis XV, no resuena chocar de armas como en Herodoto y Jenofonte, sino crujir de tornasolada seda y de varillas de abanico, murmurio de madrigales, risitas, chillidos, el ¡ay! de las melancolías de la pobre Pompadour, que no sabía cómo entretener y quitar la murria al *bien amado*, ahito de la miel del deleite. Historia escrita tomando por documentos retales de raso chiné y minutas de convite; historia que desfleca hilo por hilo la tela de las costumbres, ha de considerar á la mujer principal rueda de la máquina, y por

eso los libros históricos de los Goncourt descansan de un modo casi exclusivo en la mujer y su acción social. Cuando escribieron *La mujer en el siglo XVIII*, proyectaban dos libros más, *El hombre* y *El Estado*. Ni uno ni otro llegaron á escribirse. La mujer absorbió á los dos misóginos, á los célibes por sistema, pero mujeriegos de imaginación como nadie.

La singularidad de que escritores tan *feministas* rechacen y desdeñen á la mujer de la época en que viven, me sugirió la idea de si estarían enamorados, fantástica y quijotesca, de la del siglo XVIII, como lo están del siglo en conjunto. Adviértase que el caso de prendarse un historiador de una mujer ya eternamente desvanecida, que evoca á la luz de la erudición, no es nuevo en los anales de las letras francesas contemporáneas, y, si no me vende la memoria, algo semejante le ocurrió á Cousin, loco por la duquesa de Longueville (amor que Sainte Beuve calificó de *ex cathedra*). Nótese también que la mujer del siglo XVIII es acaso la más seductora de las desvaneci-